

AC 12 20

Fundamentos de filosofía, guión número 10. Experiencia y problema de la libertad. Experiencia y problema de la libertad.

Vamos a exponer hoy las aportaciones que sobre el problema de la libertad hizo el profesor Giela en la ponencia para las semanas españolas de filosofía que tuvieron lugar en Madrid hace ya cerca de 20 años. Después de dedicarle bastantes páginas a la libertad como experiencia y como problema, el profesor Giela conduce magistralmente el tema hacia los siguientes derroteros. El acto libre no es indiferente sino interesado.

Interesado en la realidad cuyo valor se manifiesta en los motivos. No está forzado por ningún motivo preexistente. Lo previo a la decisión es la tendencia, los hábitos, los impulsos orgánicos, los ideales, los usos, no los motivos.

Todo esto se constituye en motivo de acción al tiempo que la decisión y la decisión lo invoca para fundamentarse en ello. La libertad no es decisión arbitraria, salto desde la indeterminación, la impasibilidad o la indiferencia. No es ausencia de incitación e inclinación previa.

No es tampoco espontánea manifestación de mis tendencias profundas, ni sometimiento a la tendencia más fuerte o al motivo más poderoso. Es preferencia actual de un bien particular. Esta preferencia se efectúa porque por una parte estoy determinado a querer la realidad en cuanto bien y por otra porque parto de mis actuales tendencias, afectos, ideales, carácter e historia asumiéndolo todo como motivo que invoco para mi preferencia.

¿Cómo puede hacer esto la voluntad? ¿Cuál es la razón formal de la libertad en el acto libre? La solución ha de buscarse, creo yo, en la ontología de la conducta humana. La voluntad se ordena naturalmente, como toda potencia, a su objeto formal propio. Este es la realidad conocida como bien, porque el intelecto aprehende la razón universal de bien.

La voluntad se inclina necesariamente a quererlo. Pero el querer de la voluntad no es un vago sentimiento desiderativo o contemplativo. Es tendencia activa hacia el bien real, existente.

Y toda realidad que se conoce bajo la razón de bien en este mundo no realiza por entero esa noción. No es sin más la realidad buena. Tiene siempre alguna razón de mal, de no apetecible, y no inclina por eso necesariamente a la voluntad.

Esta tiene que decidirse y contraerse de la apetencia del bien a la de un bien concreto, imperfecto, y que, como tal, no asegura la espontánea respuesta del hombre. Tal es la razón formal de la libertad, al menos en esta vida. La contracción del apetito intelectual desde el bien en cuanto bien, al bien particular e imperfecto, que no realizando el objeto formal adecuado de la voluntad, requiere para ser querido la decisión libre del hombre.

La decisión libre es un momento en la búsqueda del objeto formal adecuado y adecuadamente conocido del apetito intelectual, momento que necesita fijarse en un bien imperfecto, contrayendo a él el impulso hacia el bien en cuanto tal. Esta contracción no pueden verificarla las tendencias biológicas y sensitivas, porque para ellas la realidad es inaccesible en cuanto realidad, ni puede efectuarse por inclinación espontánea de la voluntad, porque su acto no está especificado por su objeto formal adecuado. Habríamos de examinar aún la integración del acto libre en la conducta humana.

Cuestión quizá la más importante desde el punto de vista psicológico, pero cuestión difícil y poco sabida. Apuntaré tan sólo el tema. Psicológicamente, el acto libre no aparece en discontinuidad con la vida previa del sujeto.

Aparece inicialmente como liberación y se fija después, más o menos parcialmente, en hábitos. La decisión se apoya primero en las tendencias orgánicas y sensitivas, y sobre ellas, sin anularlas nunca, va liberando la posibilidad de la acción libre que asume estas tendencias como motivos expresivos de valores. El acceso a los valores, como bienes que solicitan la abolición, no lo realiza el hombre por posición libre de los mismos, sino a través de sus necesidades vitales y la situación social e histórica en que se encuentra.

Ellas son las vías de acceso iniciales hacia los valores que al hombre se manifiestan y en función de los cuales realiza sus proyectos. Pero por estar determinado al bien en cuanto tal, la invocación de motivos para la acción lleva al hombre al descubrimiento de nuevos valores y a la inauguración de nuevas posibilidades de acción que, por una parte, afectan a su propia realidad, confiriendo nuevo sentido a su vida, y por otra, pueden incorporarse al repertorio de posibilidades de la situación histórica modificándola. La libertad humana se revela así como finita y limitada.

No crea sus motivos, se funda en ellos. No es siquiera libre decisión puramente racional, sino libre decisión de un sujeto psicofísico, limitado y afectado en su acción por dimensiones corporales y de facilidad existencial. La decisión libre, que es radicalmente intelectual, sino ni sería decisión libre, no es, sin el decreto racional efectuado en la claridad de la conciencia pura.

Es efectiva preferencia del sujeto psicofísico por una realidad. Esta decisión no abre tan sólo una trayectoria significativa en la conciencia que pudiera ser, o bien totalmente previsible a partir de los motivos según la lógica de la razón suficiente, en una interpretación racionalista, o bien, en una filosofía existencialista, absolutamente imprevisible a priori, como radical originalidad por la que la existencia inaugura un sentido en su proceso temporal. No, la decisión del hombre real no sólo continúa o inaugura un sentido en el argumento de su vida, sino que le afecta en su realidad psicofísica, de la que parte, por la que se efectúa y a la que conforma, confiriéndole o restándole posibilidades de futura realización.

Lo que el hombre decide es, en último término, su propia realidad, la efectiva manera de ser que ha de ser él mismo. A través de sus proyectos y haceres, por las decisiones a que su atenuamiento a la realidad le aboca, lo que el hombre hace es, en el fondo, hacerse a sí mismo.

No, claro está, a partir de la nada o de cualquier cosa, sino precisamente a partir de su propia realidad.

El hombre es por eso responsable, en la medida en que lo sea, no sólo de lo que hace, sino sobre todo del sí mismo que con su acción se va haciendo. La decisión no pasa y queda como mera articulación de significaciones en un acto intencional. Permanece en la realidad psicofísica que por ella se ha comprometido en la doble forma de realización efectiva y de apertura y cierre de posibilidades de acción.

De ahí que en la acción humana haya expresión no sólo la voluntad libre, sino la total realidad del sujeto nunca asumida plenamente en pura autocomprensión. Deseos subconscientes, usos sociales, automatismos adquiridos, resistencias físicas del propio cuerpo y del mundo circundante, todo se expresa al tiempo que la decisión libre en la acción real del hombre. De ahí que desde el punto de vista psicológico libertad signifique sobre todo liberación.

No porque el alma pueda acceder a una libertad que no le sea propia por naturaleza, sino porque en la acción voluntaria cabe un más y un menos de libertad según la zona de su realidad que las efectivas decisiones del sujeto vayan liberando por experiencia, expresión y reflexión. La decisión libre se efectúa en la realidad, no en una mera conciencia intencional. Por eso no empieza ni termina en sí misma.

Continúa el curso previo de atenuamiento a la realidad y se continúa con el inmediato proceder real del sujeto. Por ambos lados puede crecer o menguar el ámbito de liberación. Puede la decisión por ello de crecer en libertad y rebajarse, en casi completo abandono, a la inercia de la realidad que las decisiones pasadas han hecho del hombre, como acontece en algunos casos patológicos.

Puede, por el contrario, crecer en libertad asumiendo el propia realidad presente y esbozando con ella nuevos proyectos que ensanchen y profundicen el campo liberado a la decisión libre. Puede la decisión, en fin, estar afectada por muy diversos grados de libertad intermedios. Y todos estos grados no dependen del todo de mí.

Ni mi misma decisión libre es libre de efectuarse con más o menos libertad, pero no me es por completo propio. Nos vamos liberando a nosotros mismos, pero en la realidad y atenuados a ella. La misma realidad que somos y en que estamos, determina inicialmente el ámbito de nuestra libertad.

Mi cuerpo, mi alma, mis dotes, mi temperamento, mis hábitos, las creencias y usos de la sociedad en que vivo, la lengua que hablo, el mundo físico del que me alimento y en el que me desarrollo, la situación histórica en que me encuentro... Todo eso condiciona el ámbito de mi acción y de mi libertad. Y nada de eso depende inicialmente de mí, pero no es ajeno a mi libertad y no sólo por vía de motivación y ejecución. La libertad efectiva, por ser atributo de una realidad capaz de volver sobre sí misma, puede recaer incluso sobre aspectos de esa realidad que no dependan en todo o en parte de ella.

La libertad finita puede asumir libremente su propia finitud. La libertad del hombre es también, a veces sobre todo, consentimiento. El amor fati, la cristiana aceptación de una providencia, son dimensiones capitales de la libertad humana.

La libertad humana es, en fin, sólo humana. Libertad de una naturaleza inteligente, precaria, ilimitada. El hombre es y puede hacerse libre y, como tal, señor de sí mismo, pero por su finitud psicofísica, señor menesteroso de su cuerpo, de nosotros y de la providencia.